

UN RECUERDO AL SR. D. JOSÉ MARÍA DE LIZANA.



Veo los montes euskaros cubiertos de secos robles: el ábrego extranjero ha secado sus vigorosas raíces: las rocas bascongadas no están todas humedecidas por mis lágrimas, pero si Lo está la mayor parte de ellas por sangre de hermanos.

Destruídas por el fuego se hallan nuestras casas nativas, muertas las leyes de nuestros padres, confundidos y en lucha los restos óseos de los camaradas, las lágrimas de las viudas y los sollozos de sus niños. ¡Oh Dios mio! exclamaba yo, prorrumpiendo en llanto y alzando al cielo mis ojos!

¿Por qué así?... y puesto á meditar de esta suerte, oscureció en torno mio, iluminándose en cambio el firmamento, y quedé solo junto á mis rocas amadas. ¡Cuántos recuerdos llenaban aquella noche mi mente!

Astro de los euskaros, sal á iluminarnos, que estamos huérfanos en la tierra, exclamaba yo, y en aquel momento asomó la luna. ¿Qué es lo que á su luz se ve en el vecino bosque? ¿Qué será lo que ante mí se encuentra en las ánsias de la muerte?

¡Era la madre Euskaria, hermano mio! ¡era la madre Euskaria! que exclamaba: —¡Uníos, por Dios! ¡uníos de una vez! Mirad á Irlanda, en la triste situacion en que se encuentra: mirad tambien á Hungría como es feliz guardando sus leyes!

Y las mías ¿dónde las teneis?—En lo más íntimo del corazon, contesté, no sé cómo, ahogado por la fuerza del dolor; y los ángeles cantaron:—Vivid siempre unidos!.....—Y tú ¡Lizana!, con tus cartas allí estabas ocupando mi mente!

